

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 52





MATRIMONIO FELIZ

COGIDITOS del brazo Berta y Julián, salieron á dar una vueltecita por el Retiro, como todos los domingos por la tarde... Era costumbre adquirida en la gestación de su amor y no querían faltar á ella después de casados...

—«¡ Siempre igual!... ¡ Qué delicia!—pensaban los dos.—Aquí vinimos cuando novios vigilados por la autoridad paterna; aquí venimos ahora, completamente libres, buscando las veredas más solitarias, y aquí vendremos cuando tengamos hijos para verles jugar en el plantío y aquí nos verán siguiendo á nuestra parejita de enamorados y quién sabe si á nuestros nietos!... ¡ Esta es la vida, la cadena de la existencia, cuyos eslabones son las varias fases que ofrecemos y por las cuales pasamos casi insensiblemente!... ¡ Qué dicha! ¿no es cierto Berta?»

—¡ Oh! sí, una gran felicidad Julián.

Y aquí concluía el dúo de satisfacción... ¡ Plétora de ventura! ¡ Restos de afanes no satisfechos del todo!... ¡ Aún... aún quedaba fuego en los corazones para caldear los sentimientos!... ¡ aún no había empañado la más ligera nube la grata luna

de miell...

Aquella tarde... aquella de que empecé á hablar, el cielo estaba sombrío, Berta nerviosa y callada, Julián... lo mismo que Berta. Y sin embargo, nada nuevo ocurría entre ellos.—¿Vamos?—preguntó él levantándose de tomar café.—Vamos—contestó ella... Y al Retiro se encaminaron muy juntitos y con los brazos enlazados; pero silenciosos, abstraídos.

Al llegar á la puerta del extenso parque de Madrid, un niño que salía corriendo, tropezó con ellos y los separó con la fuerza del empujón. Ya no se les ocurrió cogerse del brazo nuevamente y sueltos siguieron paseando por donde todo el mundo, sin buscar, como el domingo anterior, las veredas más apartadas, los paseos más solitarios... Y todo esto ¿por qué? ¿por qué razón?... ¡ Qué chasco!... ¡ Sarcasmos del espíritu... ó de la carne!... No lo sabían; ignoraban el por qué de aquel silencio, de aquella pereza para andar, de aquella laxitud soñolienta.

Unicamente al volver á casa, se les ocurrió pensar:

El.—¿Por qué estará tan callada Berta?

Ella.—¿Por qué estará tan callado Julián?

El.—Pues no seré yo el primero que le dirija la palabra.

Ella.—No seré yo quien le hable primero.

Y he aquí que, siendo los dos igualmente culpables de tal situación, los dos se creían igualmente ofendidos y con derecho á las represalias.

Cinco días duró aquel estado incomprensible, y durante los cinco días ¡Jesús y qué disparates se fueron acumulando en la maleada mente de Berta y en la de Julián. Ya tenían motivos los dos para echarse algo en cara, porque debido á la conducta de ella, él naturalmente, no le guardaba las consideraciones de antes, ni ella, naturalmente, se las guardaba por su enojosa actitud.

Llegaron las explicaciones con la explosión:

—¡Tú tienes la culpa!

—¡La tienes tú!

—¡No!

—¡Sí!

Y venga reprocharse actos poco agradables, y venga exaltarse, sin ocurrírseles hacerse estas preguntas:

—¿Por qué guardaste tú aquella tarde silencio tan indiferente? ¿Por qué aquella preocupación?

Y tal vez hubieran llegado á entenderse, en vez de crear con la prolongación de aquella tirantez absurda, la bola de nieve que había ido engrosando... engrosando hasta aplastar la dicha que se forjaban eterna en sus paseos por el parque:

—¡Siempre igual!... ¡Qué delicia!...

* * *

Un día, llegaron, por fin, á ponerse de acuerdo... Permanecían los dos sumidos en igual silencio, y á ella se le ocurrió preguntarle con indiferencia:

—¿Qué tienes?

Y él, contestó bostezando:

—¡Fastidio!... ¡Qué existencia tan insoportable!... ¡Siempre igual!... ¡Siempre lo mismo!...

Desde que Julián dió tan franca respuesta á su esposa, ésta ya no volvió á demostrar enojo por los apáticos mutismos de su marido...

¡También ella se aburría! Y así, en santa calma, vivieron hasta la ancianidad sin reprocharse nada, indiferentes, fríos y conformados por igual. Pero la sociedad ¡ah! la eternamente estúpida sociedad, exclamaba siempre:

—¿Quién? ¿esos?... ¡Oh! ¡un modelo de matrimonios! ¡Qué paz en el hogar!... ¡Qué calma!... ¡Siempre los mismos!... ¡Siempre gozando del verdadero amor, del amor tranquilo, sin arrebatos, sin exaltaciones contraproducentes! ¡Qué matrimonio tan feliz!

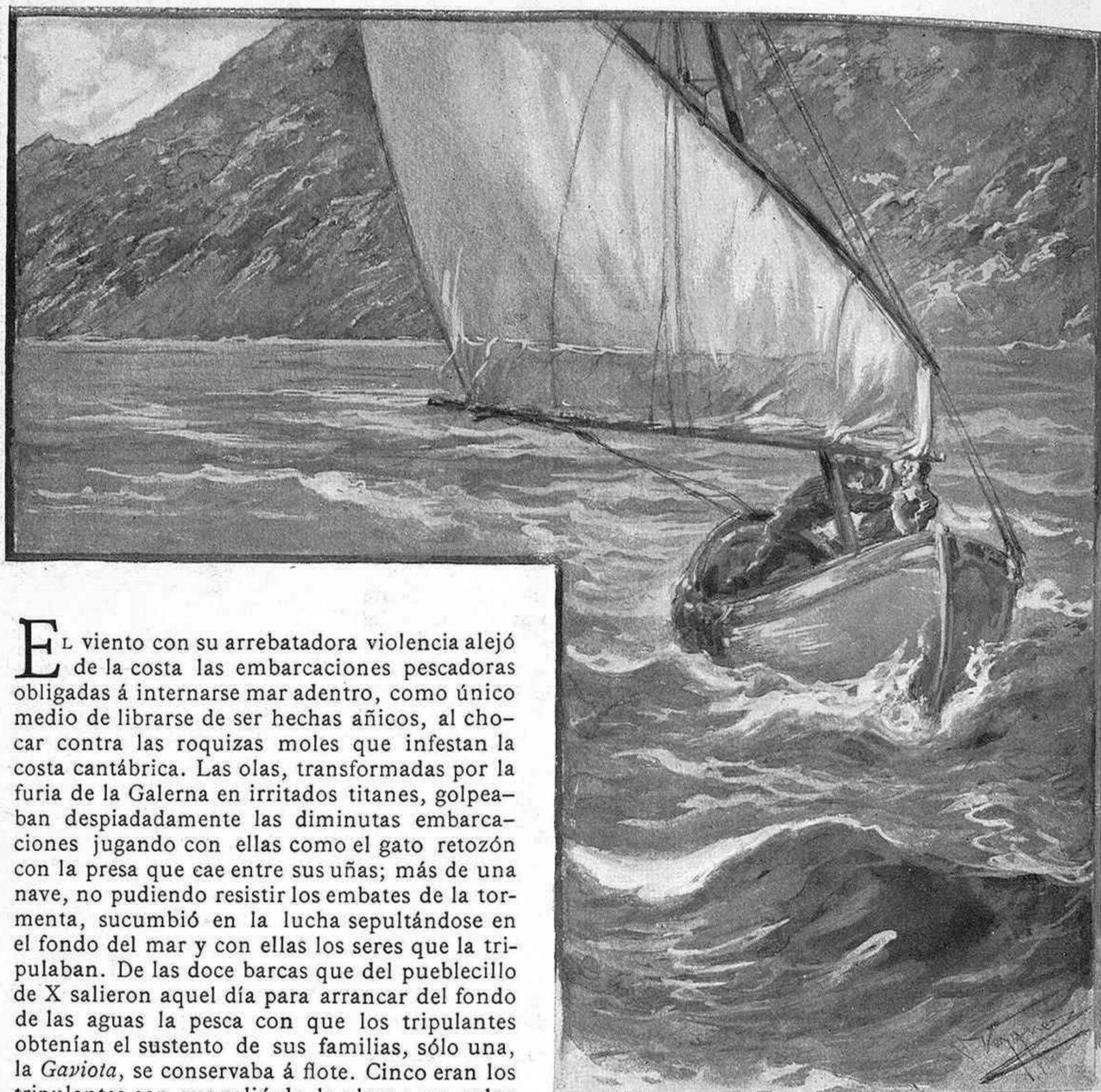
¡Cuántos... cuántos matrimonios hay desgraciadamente, idénticos al que acabo de presentar, y juzgados del mismo modo por todo el mundo!



LUIS DE VAL

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

EL SECRETO DE ANDRES



EL viento con su arrebatadora violencia alejó de la costa las embarcaciones pescadoras obligadas á internarse mar adentro, como único medio de librarse de ser hechas añicos, al chocar contra las roquizas moles que infestan la costa cantábrica. Las olas, transformadas por la furia de la Galerna en irritados titanes, golpeaban despiadadamente las diminutas embarcaciones jugando con ellas como el gato retozón con la presa que cae entre sus uñas; más de una nave, no pudiendo resistir los embates de la tormenta, sucumbió en la lucha sepultándose en el fondo del mar y con ellas los seres que la tripulaban. De las doce barcas que del pueblecillo de X salieron aquel día para arrancar del fondo de las aguas la pesca con que los tripulantes obtenían el sustento de sus familias, sólo una, la *Gaviota*, se conservaba á flote. Cinco eran los tripulantes con que salió de la playa; un golpe de mar envolviendo la nave arrebató á tres de la cubierta, y los otros dos siguieron luchando largo tiempo, abrazados al mástil con tanta fuerza, que hombres y árbol parecían hechos de una pieza.

Paulatinamente, como si la lucha sostenida le hubiese fatigado, el mar fué calmándose, sus olas dejaron de ser encrespadas, lució el sol y la tormenta huyó para volver cuando la naturaleza la llamase.

Como el que despierta de un sueño en el que fué víctima de horrible pesadilla, los supervivientes de la *Gaviota* se desasieron del árbol quedándose sentados uno frente á otro; en aquel instante la barca estaba á muchas millas de la costa, en torno de ella, no se veía embarcación alguna y de la escena que allí se desarrollase solamente había un testigo, Dios.

De pronto, como si fatídicos recuerdos se hubiesen despertado en su mente, uno de los tripulantes de la *Gaviota* se puso en pie; este cambio de actitud horrorizó á su compañero que temblando de espanto no acertó á cambiar de posición. El que se había levantado, con sonrisa irónica y el fuego del odio fulminando en sus ojos, le dijo:

—Juan, nuestras vidas las ha respetado el mar, pero la tuya la necesito yo. Desde hace un año, pido á Dios me ponga frente á ti en un lugar donde solamente pueda él ser testigo, y puesto que esta ocasión ha llegado, prueba es que me ha oído y quiere se cumpla mi venganza.

—Andrés, yo nunca te ofendí. Jamás te causé daño alguno—repuso Juan, balbuciente de terror.

—¡Ah, muy frágil eres de memoria! ¿Con que no me has causado mal alguno?... ¿Quién me robó la felicidad que en la tierra codiciaba, más que tú?... Dos meses hace, te casaste con Pepona. ¿Sabes por qué?...

—Porque ella me quería.

—No; mientes: porque eres rico. Tú tienes dos barcas pescadoras, yo no poseo más que el miserable fruto de mi trabajo. Hablaste á los padres de *Pepona*, á quien ciega el interés, y ellos sacrificando el amor de su hija, queriendo salir de la miseria en que vivían, te la dieron por esposa. Te casaste con ella con la misma razón conque hubieses podido comprar una vaca; porque tenías dinero. Entonces quise huir del pueblo, alejarme de vosotros para siempre; pero ¡ay! no pude, una fuerza irresistible me retuvo. Los celos clavados en mi corazón con la misma fuerza que el perno sujeta la plancha á la cuaderna. Entre el martirio de los celos y el remordimiento que mi venganza pueda producirme, elijo éste... ¡Defiéndete que voy á matarte!

—¡Imposible! me faltan fuerzas para ponerme en pie. Si *Pepona* es mi mujer, fué porque ella lo quiso.

—Mientes; fué porque la obligaron. Ella me lo ha confesado; su cuerpo es tuyo, pero su alma me pertenece. Si en buena lid me hubieses vencido, yo te perdonaría, pero en lo que intervino la fuerza, la fuerza debe vengarle,—contestó Andrés, armando su mano con la faca, y precipitándose sobre su adversario, le gritó:—¡Defiéndete ó mueres!—Juan no se movió, la faca de su adversario fué á clavarse en su pecho arrancándole la vida.

Consumada su venganza, Andrés contempló el cadáver de su enemigo; para borrar toda huella de crimen, después de sujetar una piedra de las que lastraban la barca á los pies de Juan, le arrojó al mar.

Al declinar la tarde, varaba la *Gaviota* en las arenas de X, sus habitantes rodearon á Andrés haciéndole mil preguntas sobre sus parientes que, como él, salieron á pescar y no habían vuelto.

El único superviviente de la furia del temporal, con el semblante petrificado, sin que en él pudiese reflejarse más expresión que la del idiotismo, respondía señalando el mar con su mano. Después, como si las entonces tranquilas olas con su suave golpear le recordaran su crimen, huyó de la playa buscando refugio en la obscuridad de su miserable choza, temiendo que el secreto de su crimen pudiese escapársele.

M. DEL CORRAL CABALLÉ

A. QUEROL



GRUPO COLOSAL DE «LAS LEYES»,
PARA EL PALACIO DE JUSTICIA DE BARCELONA.



FEBRICIENTE

I

Tengo fiebre. Ven, querida,
á calmarla con tus besos,
con tus mimos, tus abrazos
y tu mirada de cielo.
Mi cabeza enardecida
que se pose en tu albo seno
dájala—no te sonrojes—
para aliviar ese fuego
que me devora y me mata,
y me roba los ensueños.
¡Dájala, mi dueño amado!
¡Dájala, no tengas miedo!

II

¡Suspiras!—¿También te quejas?
¿Quién, dime, te causa daño?
¿Te sonrojas y me miras
con tristeza?—¡Sí; te amo!
¿Te conmueves!—¿Por qué temes?
¿No estoy, acaso, á tu lado,
más amante, más sumiso,
que otras veces?—De mis labios
toma un beso y no te inquietes
que la fiebre se ha calmado.
¡Mírame, no te sonrojes!
¡No me temas, que te amo!

LUIS MARTÍNEZ MARCOS

Santa Fe (República Argentina)



EDAD MEDIA

La silenciosa Diana
cruzaba el infinito;
las nubes, como hadas
con ropajes de armiño,
emprendían su danza
de caprichosos giros;
rítmica serenata
semejaba el ruido
del viento entre las palmas;
el murmurante río
de linfas argentadas,
copiaba adormecido
las parduscas murallas
de señorial castillo;
embozado en la capa
un trovador antiguo
parecía un fantasma
bajo los viejos hilos.

Todo en redor callaba;
mas, como entona el mirlo
al lucir la alborada
sus cadenciosos trinos,
lanzó el bardo su cántiga
de eróticos sonidos,

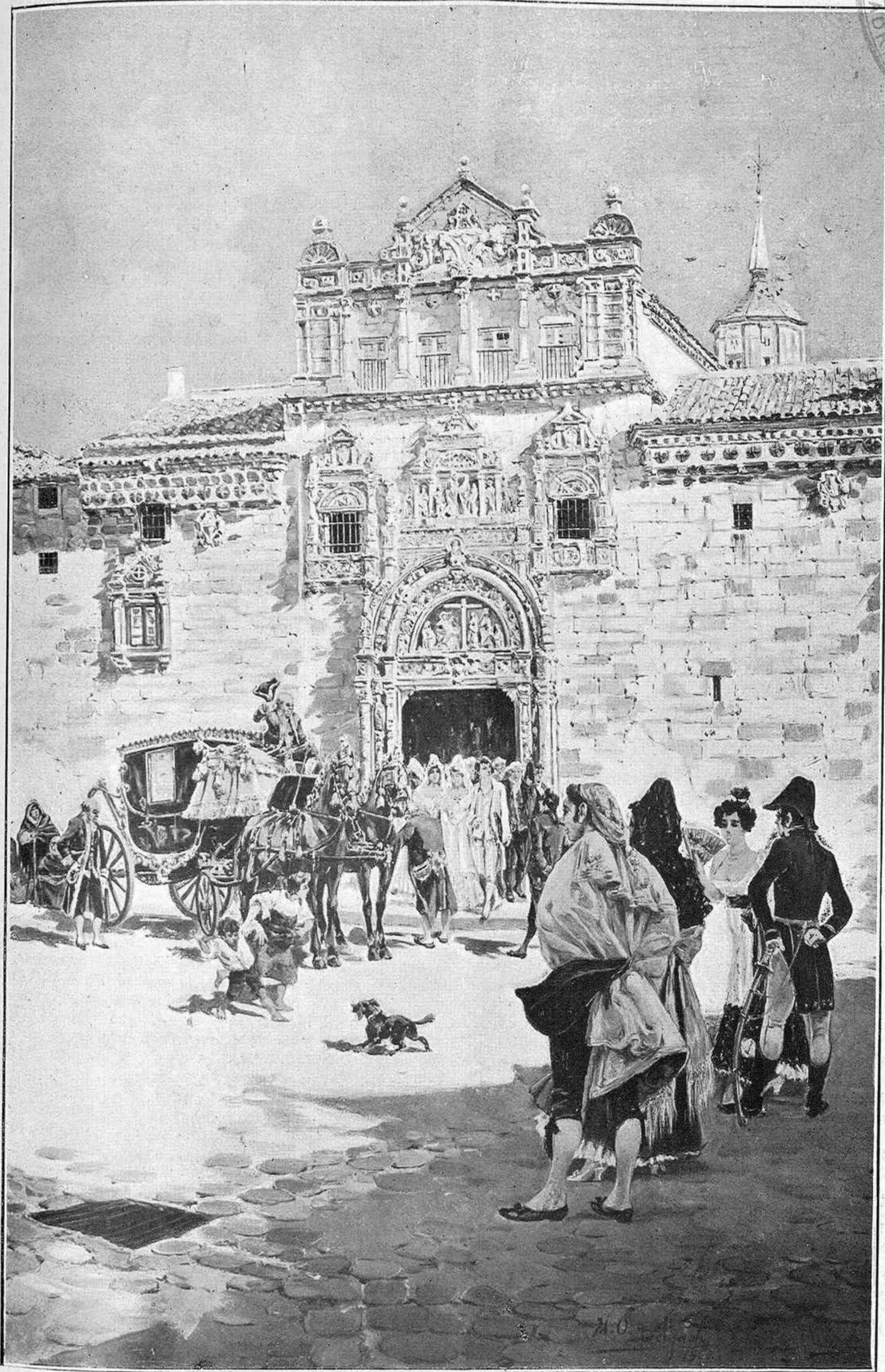
cuando inquieta asomara
al gótico postigo
su rubia, aquella pálida
de ensortijados rizos,
de frente nacarada,
de labios purpurinos,
de mórbida garganta
y ojos de zafiro.

La canción ondulaba
por el claro infinito,
con notas impregnadas
de dolor y cariño.

De súbito, en la franja
de un celaje plumizo,
ocultóse de Diana
el argentado disco;
y entre la sombra opaca
quedaron confundidos
el bardo de la cántiga,
el bosque, el claro río,
la misteriosa dama
y el señorial castillo.

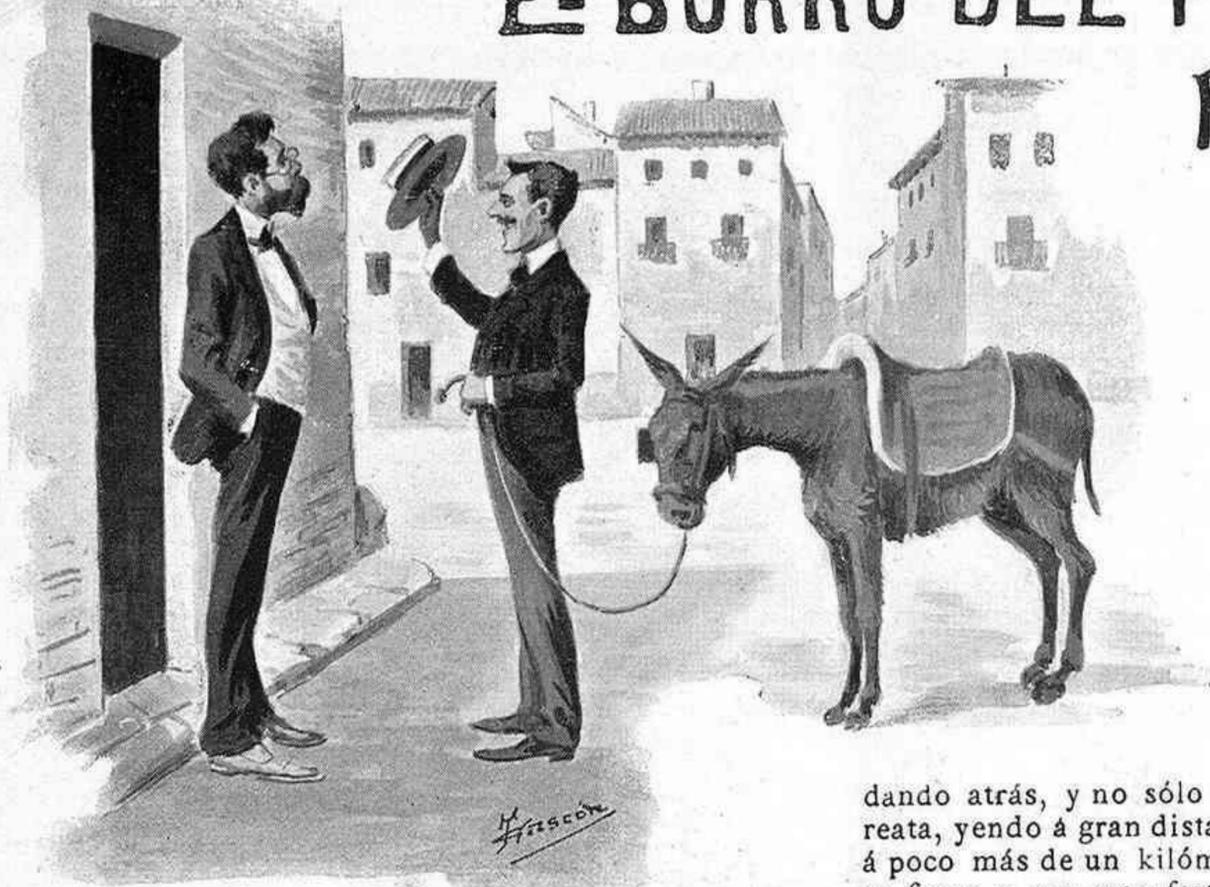
JUAN E. ARCIA

Or.a de José Passos.



DEL MADRID ANTIGUO.

EL BURRO DEL TIO REPOLLO



Como yo entonces no pretendía demostrar mi pericia en la equitación, sino pasar el rato valiéndome de la sardina escabechada que se me ofreciera, acepté el burro del tío Repollo; y media hora más tarde salíamos en caravana con dirección á Matalaspulgas, catorce individuos de *ambos sexos*, encima de otros tantos apreciables burros.

Ya en el campo, sucedió lo que yo me temía: mi brioso corcel se fué quedando atrás, y no sólo llegó á figurar el último en la reata, yendo á gran distancia de sus colegas, sino que á poco más de un kilómetro de Valdelacincha se paró en firme y me manifestó con las orejas que no tenía intención de continuar soportándome.

Algunos expedicionarios volvían el rostro hacia donde yo estaba y me gritaban:—«Ande usted, hombre... No te quedes rezagado... Alcáncenos usted... Venga un trotecito...»

—¡Sí, sí! ¡trotecito!—murmuraba para mí, sin ánimos para contestar á gritos. Todo mi afán era convencer á mi burro de que debía andar.

Pero el animal se sintió testarudo y no se movía. Recordé la advertencia referente á los palos, y adopté un procedimiento suave para lograr mi objeto, haciendo notar al pollino con palabra fácil y conmovedora que era conveniente, oportuno, correcto y hasta lógico que anduviera.

—Anda, vida mía—decía yo al cuadrúpedo, besándole en el pescuezo—anda, que me estás dando un mal rato con tu inamovilidad.

Ignoro si sería sordo el rocín maldito. Lo que sé es que parecía un guardacantón con albarda.

Harto ya de golpear en vano con mis talones su purísimo vientre, me apeé, me senté en un ribazo frente á él sin soltar el ramal, y así le dije:

—No me desesperes más, pedazo de burro. ¿Cuál es tu misión en este valle de lágrimas? ¿Aguantar cargas, caminar á regañadientes y sufrir palos? Pues ya ves que yo no te exijo cosa que no esté á tu alcance ¡criatura! Si yo te obligase á resolver una ecuación de segundo grado (*movimiento de extrañeza en el burro*), ó á entonar un responso, ó á redactar un real decreto (*más extrañeza*), podrías negarte á obedecerme. Pero, ¡encanto mío! ¡si mi única pretensión es que me lleves encima un ratito, aunque á través de tu deficiente albarda me vayas clavando la espina dorsal en donde tú sabes!...»

Ni por esas. El burro parecía de cartón-piedra. Ya se habían perdido á mi vista los compañeros de expedición, y yo continuaba solo, en medio del campo, sin lograr enternecer al burro, hasta que agotada mi paciencia, varié de sistema y descargué una verdadera lluvia de estacazos sobre aquel caparazón.

Yo creo que, en efecto, llegué á enternecerle. Por lo menos aquellos huesos tan golpeados perdieron su dureza.

El animal suspiró, movió las orejas, me miró con una caída de ojos que dislocaba, hizo girar el miserable rabo para espantarse las moscas... todo lo hizo;

EN Valdelacincha de Abajo iba transcurriendo el verano sin incidentes de importancia.

Solamente se le habían muerto al Alcalde, dos vacas, una perra, un primo segundo, tres cerdos y la mujer; el cura estaba pasando la escarlatina, al Secretario se le había quemado la casa, la escuela se había hundido y el boticario se había vuelto loco.

Pero la colonia de madrileños, indiferente á estas frioleras locales, procuraba solazarse con pasatiempos puramente campestres, mostrando especial predilección por las expediciones en burros á los pueblos inmediatos.

El día que yo llegué á Valdelacincha se verificaba precisamente una de estas giras, y yo tomé parte en ella para no aburrirme.

Pero ¡ah!

Este ¡ah! quiere decir que recuerdo lo que pasó aquel día, ó mejor dicho, lo que pasó.

Los pollos de la colonia nos proporcionaron catorce burros.

¡Más hubiera valido que los burros de la colonia nos hubieran proporcionado catorce pollos!

Ello fué que á las cuatro de la tarde llegó hasta la puerta de la casa en donde yo me hospedaba, un joven muy simpático que, con la más exquisita galantería, y poniendo en mis manos pecadoras el extremo de un ronzal, me dijo:

—Don Juan, aquí tiene usted su burro.

—Muy señor mío.

—No tenga usted cuidado con él—añadió el joven—porque es el del tío Repollo, que se está muriendo de viejo.

—¡Pobre tío Repollo!

—Me refiero al borrico.

—¡Ah ya! Bueno, pues mil gracias.

—Una cosa debo advertir á usted.

—Usted dirá.

—Que si el burro no quiere andar, absténgase usted de pegarle, porque es de muy buena familia y no hay cosa que más le moleste que los palos.

—Corriente. Le trataré como á un hijo.

El joven se retiró y yo me quedé contemplando aquel *automóvil*. ¡Qué orejas, qué aparejo, qué planta, qué pelos más largos, qué rabo más corto, qué huesos más descubiertos y más abundantes!

todo, menos moverse de su sitio. Yo estaba desesperado. Ni las reflexiones amistosas, ni los estacazos de repetición surtían efecto alguno.

Transcurrieron unos instantes y volví á insistir en mis pretensiones cerca del burro, para que tuviera la bondad de andar. Me postré de rodillas ante él. Se lo pedí por su señora madre; por la leche de burra que tomó; por lo que más quisiera en este mundo... ¡Nada!

Después le pinché en la cruz con un cortaplumas, le crucé la cara con el ramal, le retorcí el rabo, le llamé Silvela .. ¡nada! ¡absolutamente nada!

Seguramente habrían llegado ya al vecino pueblo los expedicionarios... ¡quizá estarían ya de regreso!

¡Cómo se estarían divirtiendo con los incidentes propios de semejantes excursiones borricales!

La envidia que esto me inspiraba y la rabia que me producía la inamovilidad del pollino, sirviéronme de entretenimiento durante algunos minutos.

De pronto, el animalucho clava en los míos sus oji-

tos serranos, dobla las orejas, ábrese de patas, eríza-se los pelos, lanza un rebuzno testamentario, se tambalea breves instantes y cae al suelo con un temblor que me hace temblar.

Inmediatamente quedó para siempre inmóvil y sin articular palabra.

—¡Adiós, mi burro!—exclamé.—¡Ha fallecido!

Aproximeme (¡bonita palabra!) al interfecto, le tomé el pulso y me convencí plenamente de que aquello era un cadáver con rabo.

¡Requiescat in pace!

No había más remedio que emprender á pata la vuelta al pueblo, buscar la casa del burro y participar á su apreciable familia la terrible pérdida que acababa de experimentar, aún exponiéndome á que el tío Repollo, en la creencia de que yo había pegado al pollino, me pidiera una indemnización y varias explicaciones.

Apenas me puse en marcha con dirección á Valdelacincha, oí pisadas y voces detrás de mí. Era la cara-



vana que regresaba ya; eran mis amigos que venían riéndose de mi triste situación, en vez de compadecerme. ¡Crueles!

Al ver el burro muerto, algunos me dirigieron cuchufletas fúnebres. Hasta hubo quien me dijo:—«¿Conque has quedado en la orfandad? ¡Cómo ha de ser, chico! ¡Salud, para encomendarle á Dios!

Y todos pasaban de largo, sin ofrecerme *ancas*.

Todos, no; que me ofreció las suyas, es decir, las de su jumento, la última jinete de la caravana: una joven amable, simpática, compasiva, que con voz dulcísima (cosa que yo aprecié mucho, dada mi afición al dulce), me dijo:—«Suba usted aquí conmigo... ¡No faltaba más que por culpa de esos guasones se quedara usted á piel...»

De un salto subí al burro de aquella hermosa doncella, á quien me hubiera comido *en alas* de la gratitud.

¡Qué conversación tan sabrosa llevamos hasta el pueblo! Parecía que el burro se enteraba de todo y

deseaba, muerto de envidia, soltar pronto la carga: tal era el pasito ligero que tomó.

¡Vaya un contraste! El burro del tío Repollo no quiso moverse y el de mi linda protectora corría demasiado.

Tan expresivas fueron, en fin, las manifestaciones de mi agradecimiento, que aquella mujer las sintió en el alma, y desde aquel día nos quisimos mucho y bien.

Veán ustedes; si no se me hubiera muerto en los brazos el burro del tío Repollo (á quien indemniqué de buen grado), no hubiera surgido aquella ocasión de enamorarme de tal mujer.

Por eso, cuando recuerdo el episodio referido, no puedo menos de exclamar:

—¡Viva el burro muerto!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Ilustraciones de T. GASCÓN.

1



—¿Usted sabe lo que son toros?

2



¿Ha visto usted al Guerra?..
Pues ahí lo va V. á ver

3



en el quiebro de rodillas...
(Aunque este quiebro es más
de Minuto que de Guerra).

4



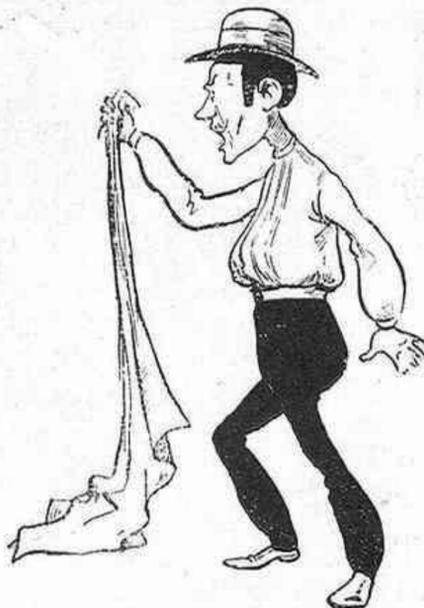
Parándolo...

5



Pasándolo de capi...

6



En una larga...

7



Uno de frente, por detrás...

8



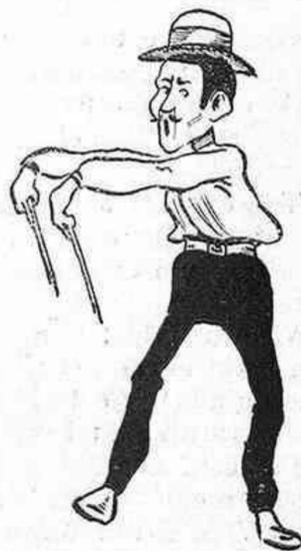
Remate de capa.

9



Y en banderillas
¡¡oh!!...

10



Un par al quiebro...
(Pocos también).

11



Uno bien medido...
al cuarteo.

12



Uno á media vuelta,
y...

13



En seguida el salto correspondiente...

14



Un incidente de resultados del salto.

15



Y, en muleta... ¡¡¡Jé!!!

16



.....pá ustedes...

17



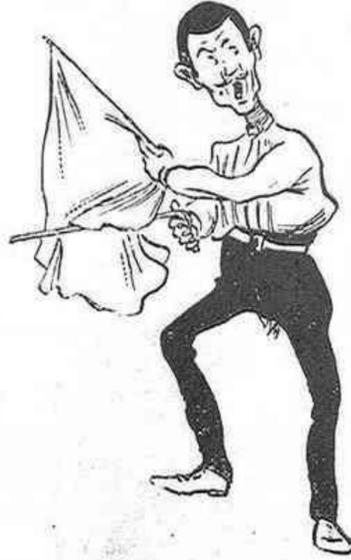
Citando...

18



Uno natural...

19



Uno de pecho...

20



Uno bajo...



21



Cuadrándolo...

22



Entrando... hasta...

23



Mojarse los dedos...

24



Ecce-homo.



TORINO

VIA GARIBALDI, 23
VIA ARSENALE, 29.

G.B. PARAVIA & C.



Cartel publicado por la casa G. B. Paravia y C.^a — Torino (Italia).

SERIE I.^a

NÚM. 52